Siete milímetros de vida

Juan Luis Pinto

A Akane le resultó extraño no oír el desagradable sonido del despertador que cada mañana, puntual a las siete y media, le hacía dar un salto en la cama. ¡Claro! Es el primer día de vacaciones, ya no hay que ir al cole.

Entusiasmada con la idea, se levantó cargada de energía y de ganas de diversión. Llamaría a Candela, su mejor amiga. No, mejor no. A lo mejor todavía está dormida.

¡Qué bien! ¡Vacaciones! Aunque le gusta mucho el colegio estaba deseando poder dedicar más tiempo para estar con sus amigos, especialmente con Candela, Francisco y el hermano gemelo de este, Erik. Todos están en la misma clase y tienen la misma edad: ocho años. A lo largo del curso han hablado muchas veces de las fascinantes aventuras que podrían disfrutar en el "bosque de los misterios", lugar que llaman así por las increíbles aventuras que viven cada vez que acuden allí de excursión con sus compañeros de clase.

Pero ahora sería distinto. Ahora podrían ir mas allá del gigantesco pino, frontera natural que no se puede traspasar a riesgo de ser castigados por la "seño" Carmen.

A partir de ese lugar el bosque se vuelve mas espeso y es fácil poder perderse entre el enorme laberinto de árboles, casi todos pinos y alcornoques. Los conocen muy bien por las explicaciones que les da la "seño".

Y ese es el reto que se han marcado: ir más allá del enorme pino que había crecido, misteriosamente, casi tumbado en el suelo. Su tronco se dobla de manera increíble hasta casi rozar el suelo de hierba que lo rodea. Seguramente es para oír los animales que viven debajo de él. La sola idea de pensarlo tiene entusiasmada a Akane, ilusión que intenta contagiar a sus amigos y que solo consigue con Erik. Él es el más parecido a ella: le encanta las aventuras de forzudos marinos y monstruos que viven en el mar donde tienen apresadas a cientos de sirenas. Entonces, él, ayudado por delfines de lomos plateados, luchan con los monstruos y liberan a las sirenas. Eirk contaba estas aventuras entusiasmado, mientras su hermano Francisco se reía de él y le decía que todo eran mentiras que se inventaba por la noche mientras dormía y le daba patadas. Y es que los dos comparten la misma cama, y Francisco padece los sueños de su hermano y sus interminables luchas contra los monstruos. A patadas.

– ¿Qué te pasa Candela ? Apenas si te oigo.

– Es que estoy muy resfriada. Será que ayer comí demasiado helado. O al menos eso dice mi madre.

Candela no podía ver la cara de disgusto de Akane que se mostró contrariada al otro lado del teléfono. Tenían planes y ahora todo se había fastidiado. Antes de llamar a Candela había hecho lo propio con Erik y Francisco, y habían quedado en verse esa misma tarde para planear una escapada al bosque.

–Pues os venís a mi casa. Yo no puedo salir, pero vosotros sí que podéis venir aquí. ¿Qué te parece? – le dijo resolutiva Candela.

A Akane le pareció una gran idea. Así podrían planear la próxima excursión al bosque.

Candela vive en una casa muy bonita, en un paseo al borde del mar. Desde allí se pueden ver los grandes barcos que atraviesan la bahía y se adentran en el mar. Siguiendo la línea de la costa, a una distancia de unos veinte minutos caminando, se encuentra la entrada al bosque. Es un lugar precioso. Todo lleno de árboles grandes como castillos, aunque también hay otros más pequeños. En realidad los hay de todos los tamaños. Y mucha vegetación. La vegetación es indispensable para purificar el aire y nos ayuda a que respiremos mejor. Eso también se los enseñó la “seño” Carmen. Dicen que en él viven todo tipo de especies animales, aunque ellos solo han visto conejos, zorros y una vez a toda una familia de jabalíes. Los más pequeños, los bebes de jabalí, se llaman jabatos.

Y pájaros, muchos pájaros. Hay uno que se llama “carpintero” porque con su pico, duro y afilado, hace agujeros en los troncos. Es fácil distinguir el sonido de su pico contra la madera: toc,toc,toc, así todo el rato.

Carlos, otro compañero del cole, contó que su padre se encontró una vez de frente con un animal salvaje. Menudo susto se llevó. Menos mal que a ellos no les ha ocurrido nunca. Quizá por eso sus padres les dicen que tengan mucho cuidado en el bosque y que siempre vayan acompañados de mayores.

A la seis estaban puntuales en casa de Candela. La mamá de Candela les había preparado unos refrescos de limonada, buenísimos, y unos bollos rellenos de crema. Al poco comenzaron a llegar gente mayor. Por lo que se podía apreciar ellos también tenían una especie de reunión. Los mayores se reúnen mucho. Los cuatro amigos se encerraron en el cuarto de Candela. De este modo no les molestarían y podrían hablar de su más que deseada aventura.

–Yo me llevaré mi brújula –decía entusiasmado Erik–. Así no nos perderemos.

–Tenemos que llevar provisiones –intervenía ahora Akane–. Agua sobre todo. Por si acaso.

–Vale. Yo llevaré una bolsa de chuches de las grandes –era ahora el glotón de Francisco quien aportaba su idea–. También por si acaso.

Todos reían la ocurrencia de Francisco. Fuera, los mayores hablaban cada vez más alto, hasta el punto que Candela abrió un poco la puerta de su habitación para ver qué sucedía.

En realidad no pasaba nada en particular. Como eran más de diez personas y no se ponían de acuerdo en lo que estaban tratando, sin darse cuenta, iban subiendo cada vez más el volumen de su voz.

–Yo pienso que debemos de incluir también en la urbanización toda la parte del bosque que linda con el mar –dijo uno de los hombres presentes en la reunión.

–Estoy totalmente de acuerdo. Esa es la zona más interesante y la que tendrá mejores vistas –decía ahora una señora a la que Candela conocía de salir de vez en cuando de compras con su madre.

–Pues a mi me parece que esa franja junto a la costa habría que protegerla. En todo caso hacer una especie de camino paralelo al mar. Cuando todo eso esté urbanizado va a ser muy necesario y le dará más valor a todo lo que construyamos –explicó otro señor, muy alto, que vestía traje y corbata.– Y todavía quedará una superficie importante de árboles. Solo talaríamos más o menos un volumen equivalente a un tercio de la extensión total del bosque.

Los niños escuchaban con atención lo que hablaban los mayores. Aunque no comprendían bien lo del “tercio” ese de extensión, tenían claro que estaban hablando de tener que cortar muchos árboles para construir casas y edificios.

–¡Eso significaría la muerte de los árboles! –gritó alterado Erik.

–¡Y de los animales! –Akane se mostraba triste .

Recordaban las palabras de la “seño” Carmen que hablaba de la poca conciencia de muchas personas con los espacios naturales, y los bosques eran de los más afectados.

–Si están todos de acuerdo mañana traeremos los contratos para crear oficialmente la cooperativa. Contamos con los permisos y pronto podremos llevar al bosque las máquinas de tala y desbroce.

El que habló fue otro señor, que también vestía traje y corbata y que llevaba un maletín donde guardó los mapas y planos que habían extendido sobre la mesa grande del salón.

Los cuatro amigos aguardaban en silencio la marcha de aquellas personas y cuando se aseguraron que se habían ido salieron de la habitación y se dirigieron hasta el salón donde solo estaba la madre de Candela.

–-Mamá, ¿qué es eso que habéis hablado sobre el bosque? ¿Es verdad que van a cortar árboles?

La madre de Candela se quedó durante unos instantes en silencio. No sabía qué decir.

–Veréis chicos, estos son cosas de mayores que ahora no comprendéis. Lo que vamos a hacer es para que vivamos mucho mejor y de alguna manera ayudar a preservar el bosque.

–¿Cómo? ¿Cortando árboles? ,–dijo Francisco.– La seño Carmen nos dijo en el cole que los bosques son los que protegen nuestras vidas.

–Y que sin ellos morirían muchos animales y especies vegetales –continuó Akane.

–Eso no es exactamente así –continuó en su defensa la mamá de Candela– . Veréis, lo que nosotros vamos a hacer, un grupo de familias, es construir sobre una zona del bosque, muy pequeña, y para lo que tenemos el permiso de las autoridades. El bosque es mucho más grande de lo que os podéis imaginar. Los técnicos que saben de eso nos han asegurado que apenas tendrán que cortar unos cuantos árboles.

–¿Y esos cuántos árboles son? –preguntó con curiosidad Erik.

–Pues no lo sé exactamente, pero los menos posibles. Os aseguro que a mi tampoco me gusta la idea de cortar árboles.

–Entonces que no los corten –insistió Candela–. Además,nosotros ya tenemos esta casa, ¿para qué queremos otra?

–Porque sería más grande y mas bonita.

–Pues si para conseguirla hay que cortar árboles no quiero una casa más grande ni mas bonita –Candela estaba seria y disgustada.

La madre de Candela miraba a su hija y lejos de estar enfadada con ella, sonreía y acariciaba su cara.

–Está bien, si te digo la verdad, yo tampoco estoy muy convencida de esto que vamos a hacer. Nos hemos reunido con unos señores de una empresa que se dedica a construir casas porque si no lo hacemos nosotros, estamos seguro que lo harán ellos directamente, y en ese caso no sabemos si respetarán tanto el bosque como nosotros.

–¡Por favor, que no lo hagan! Es nuestro bosque –insistían los hermanos Francisco y Erik, así como Candela.

Después de mirar uno a uno a los niños, por fin la mujer habló:

–No os prometo nada, pero hablaré con papá y con otras familias a ver qué opinan.

–¡Bien! –gritó de alegría Candela mientras se abrazaba y le daba un beso– . Ya veréis como mamá lo arregla todo –dijo con seguridad a sus amigos–. Gracias mamá. Te quiero.

Dicho esto, los niños volvieron a la habitación para continuar con sus planes.

Un rato más tarde Candela acompaño a sus amigos hasta la plaza cercana a su casa. Justo en la esquina de su calle vive un hombre un tanto extraño. Siempre callado y solitario. La gente dice que hay que tener cuidado con él, pero a Candela siempre le ha parecido un hombre como otro cualquiera, además su padre lo conoce. Sabe que se llama Esteban y es cierto que habla poco y siempre esta mirando por la ventana que da al parque, pero nada más. Cosas de mayores que nunca llega a comprender.

* * *

Unos días más tarde, estando en casa con sus padres, Candela les volvió a preguntar sobre aquel asunto de las casas del bosque. Sus padres se miraron y por fin su madre le respondió.

–Papá y yo hemos hablado sobre elllo y no vamos a participar en ese proyecto. Creemos que tienes razón.

–¡Bieen! Gracias mamá, gracias papá. –Candela se mostraba feliz como no lo estaba desde hacía muchos días–. Llamaré a Akane y se lo diré. Y a Francisco y a Erik. Se van a poner muy contentos.

–Espera, espera, –interrumpió su padre–. Como te ha dicho mamá, nosotros lo hemos pensado bien, y estás en lo cierto, esta casa es lo suficiente grande y bonita, pero debes saber que otras familias sí van a aceptar la oferta. Sus casas son más pequeñas y tienen derecho a unas que sean mejores.

–Entonces ¿van a llevar al bosque esas máquinas que decían y van a cortar árboles?

–Así es –respondió su madre–. No sabemos cuando, pero si otras muchas familias no cambian de idea, las maquinas entrarán en el bosque y nadie podrá impedirlo. Eso es legal. Se puede hacer y cuentan con los permisos. Lo siento hija.

–¡Pues entonces hagamos que las otras familias también se nieguen! –Insistía Candela–. Vosotros podéis explicarlo. ¡Son vuestros amigos! Seguro que os oyen.

–Ya lo hemos hablado, y no es tan fácil. No podemos mandar en las decisiones de los demás. Lo siento hija –la madre de Candela dejó por cerrada la conversación.

Candela no esperó ni cinco minutos para llamar a sus amigos y contarles lo que había hablado con sus padres. Tenían que verse con urgencia y quedaron para encontrarse en el parque, junto a los columpios.

Sentados en el suelo, formando un círculo, mostraban caras serias, de preocupación.

–No sé qué podremos hacer. Realmente solo somos unos niños. –Era Candela la que se mostraba desanimada, sobre todo después de lo que le habían contado sus padres–. Si al menos estuviéramos en el cole podríamos hablar con la "seño". Ella seguro que nos ayudaría a encontrar una solución.

–¡Es cierto! –decía más animado Francisco–, podríamos avisarle. Mi padre sabe donde vive.

–Lo de la "seño" está bien, pero algo habrá que podamos hacer nosotros –comentaba Erik mientras jugaba distraído con las piedras del suelo y a quien no le gustaba mucho eso de implicar a la señorita Carmen.

Los cuatro amigos se miraban en silencio mientras un ruidoso grupo de chicos y chicas se disponían a jugar un partido de fútbol.

–¡Ya sé! –Akane se puso de un salto en pie– . Ellos pueden ser nuestra solución –dijo señalando a los que jugaban al fútbol.

–No sé qué quieres decir –preguntaba intrigado Francisco–, además, a la mayoría ni los conocemos.

–No, me refiero a esos niños precisamente, sino a nuestro compañeros de clase. Veréis, una vez vi en la tele a gente, mayores, no a niños como nosotros, pero es lo mismo, que protestaban por algo, con unos carteles. Daban vueltas en circulo mientras gritaban. Protestaban por algo que no les gustaba. Había mucha gente.

–¡Eso es! Erik y yo podríamos hacer carteles en nuestra casa y creo que hasta mis padres podrían ayudarnos.

–¡Y los míos! –Candela sabía que podría contar con la ayuda de sus padres. A ellos no les gustaba lo que iban a hacer en el bosque.

–Muy bien. Entonces yo me encargaré de llamar a nuestros compañeros. A ver a cuantos logramos reunir.

–Desde luego, cuantos más seamos mucho mejor.

Todos aplaudían, chocaban las manos y reían entusiasmados. Su lucha para salvar el bosque comenzaba a tomar forma.

Francisco levantó una mano.

–Habla –le dijo Akane.

–Verás, tengo una pregunta. Bueno, varias. En primer lugar me gustaría saber que vamos a escribir en esos carteles, y sobre todo, una vez que los tengamos preparados, a dónde vamos a ir.

Tras las preguntas de Francisco volvieron a mostrarse un tanto decepcionados. No habían pensado en eso. Es Akane, ante la desilusión de sus amigos, quien vuelve a animarlos.

–Bueno, eso no importa ahora mismo. Lo que más prisa nos corre es hacer los carteles. En cuanto a lo que vamos a escribir en ellos, se me ha ocurrido esto: NO A LA DESTRUCCIÓN DE NUESTRO BOSQUE. ¿Qué os parece?

–¡Sí! –Celebraba entusiasmado Erik–. O también podríamos poner, SALVEMOS A LOS ANIMALES DEL BOSQUE.

–Me parecen dos frases geniales. De todas formas, estoy segura de que mis padres nos ayudaran también con las frases –insistía Candela segura de la colaboración de sus padres.

A partir de ese momento se repartieron las distintas tareas, quedando para el día siguiente en el mismo sitio. No había tiempo que perder. El bosque estaba en peligro y ellos tenían la posibilidad de salvarlo. El plan estaba en marcha.

* * *

Casi todos los compañeros de clase, excepto tres que estaban de viaje de vacaciones con la familia, portaban carteles de apoyo al bosque mientras gritaban consignas.

–¡SALVEMOS EL BOSQUE! ¡LA NATURALEZA NO SE TOCA! ¡SALVEMOS A LOS ANIMALES DEL BOSQUE! ¡EL BOSQUE ES VIDA, NO LO DESTRUYAMOS! ¡NO A LAS VIVIENDAS DEL BOSQUE! .

Esas y otras frases se podían leer en los carteles y pancartas que levantaban los chicos y chicas, así como algunos mayores que se habían unido a la manifestación, entre los que se encontraban los padres de Akane y los de Candela. Incluso el señor Esteban estaba allí. Eso sí, un poco apartado de los demás y sin portar cartel alguno. A falta de tener

claro un lugar donde manifestar su protesta, eligieron la puerta del colegio que además estaba situado junto al Ayuntamiento. La gente que pasaba por la calle se detenía al principio con curiosidad, pero al poco tiempo, cuando se enteraban del objetivo de aquella protesta, muchos de ellos se unían. Akane, Candela, Erik y Francisco, encabezaban la marcha y se mostraban contentos por ver cuanta gente les animaba y les apoyaba.

La protesta había sido un éxito, pero no se conformaban con esta de hoy. La repetirían en la puerta de los comercios y de las oficinas donde trabajaban algunos de los interesados en la construcción de aquellas casas. La lucha no había hecho más que comenzar.

Tras varias semanas de concentrarse en la puerta del colegio, de ir a las oficinas donde trabajan los mayores, y a la estación de autobuses –esa fue una idea que surgió de Mario, un amigo del cole que iba con sus padres al pueblo de sus abuelos y observaba que siempre había mucha gente allí para subirse en los autobuses–, pudieron comprobar que todos sus esfuerzos habían servido de poco. Con el paso de los días las personas que iban a apoyarles se fueron cansando. Tan solo sus padres y algún que otro vecino más, incluido el señor Esteban, continuaban acudiendo cada día.

Según habían oído, las primeras maquinas ya habían llegada hasta el bosque y pronto comenzarían con su trabajo de destrucción. Habían perdido un mes de sus vacaciones y para colmo no había servido para nada. Los árboles pronto comenzarían a ser cortados.

–No sé que más podemos hacer –decía Akane realmente desanimada.

–Lo primero sería ir al bosque, hasta el lugar donde dicen que están las maquinas –propuso Erik.

–Vale, vamos allí, las vemos, ¿ y qué más? ¿Qué podemos hacer nosotros solos? –insistía Akane poniendo en duda la idea.

Francisco y Candela permanecían callados oyendo a sus compañeros. Realmente no sabían qué podrían hacer. Por fin Francisco se animó a dar su opinión,

–Estoy de acuerdo con Erik. Creo que deberíamos ir al bosque. ¿No tenéis curiosidad en ver cómo son esas maquinas?

–Vale –respondió sin demasiada convicción Candela– , pero tendremos que decírselo al algún mayor. Ya sabéis que no debemos ir al bosque solos.

–¡Vamos Candela, que somos mayores! –Le respondió Erik entusiasmado–. No te preocupes. Yo te protegeré. Nada malo puede pasarnos en el bosque. Además, lo conocemos sobradamente. –Los demás asentían con la cabeza. Era verdad. Habían ido

al bosque decenas de veces. Lo conocían a la perfección–. Pues si estamos todos de acuerdo, esta tarde, después de comer, nos vamos hasta allí.

Cargados con mochilas donde llevaban la merienda y mucha ilusión partieron hacia el bosque. Sabían que tendrían que regresar antes de que comenzara a anochecer. Por suerte es verano y se oscurece más tarde. Poco a poco el camino se fue estrechando hasta que por fin entraron en el sendero que conocían de otras ocasiones. Y justo a unos metros, hacia un lado, se encontraron con tres maquinas gigantescas. Eran tan altas como casas. Nunca habían visto nada igual. Habían construido como una especie de casita pequeña. Ahora no había nadie.

Los cuatro observaban con los ojos bien abiertos aquellas maquinas, de hierro, de color azul y amarillo que a Erik le recordaban a los monstruos de sus aventuras marinas. Estaban asustados hasta el punto que miraban continuamente a su alrededor porque estaban seguro que alguien les estaba siguiendo. Sería por el miedo,pero les parecían oír pisadas y sonidos extraños.

El encuentro con aquellas maquinas les devolvió a la realidad, y pronto se dieron cuenta que tendrían poco que hacer para salvar a los árboles.

Después de la larga caminata comenzaron a sentir sed y a tener hambre.

–Sentémonos aquí –dijo Akane indicando un claro del bosque.

Estuvieron un rato comiendo y bebiendo sin pronunciar una palabra. Realmente estaban tristes. Toda la ilusión que mostraban hacía unas horas se habían convertido en desencanto.

–No sé qué podemos hacer –decía Francisco pensando en voz alta.

–Yo, bueno, no me podía imaginar que esas máquinas fuesen tan grandes. Como dice Erik, realmente son como monstruos –decía Candela casi a punto de llorar.

Y de nuevo se hizo el silencio. Se podía oír el susurro del viento al rozar con las ramas de los arboles. Era una música preciosa.

–¿Realmente queréis salvar el bosque? –Se oyó decir a una voz que salía de algún sitio.

Los cuatro amigos se miraron asustados y se juntaron mucho para protegerse. Tenían verdadero miedo. Allí no había nadie más que ellos.

–¿Habéis escuchado lo mismo que yo? –Repetía Akane con cara de asombro–. Os lo dije, alguien nos está siguiendo todo el tiempo.

–Sí, habéis escuchado bien. Soy yo quien ha hablado –se volvió a oír la voz.

Los niños se pusieron de un salto en pie dispuestos a salir corriendo aunque en realidad no veían a nadie.

–¡Eh! Esperad. No tengáis miedo. Soy vuestra amiga. Si queréis salvar al bosque es que también me queréis salvar a mi y a mis millones de hermanas.

Los amigos no salían de su asombro. Pero ¿quién les hablaba? ¿Había dicho millones?

–¡Aquí, en el tronco del árbol, a vuestra derecha! No os apoyéis en él no sea que me aplastéis. Soy esa hormiga que veis sobre la hoja casi seca.

Los niños comenzaron a recorrer con su mirada el árbol que indicaba la hormiga pero nada, no la veían.

–¡Aquí,aquí! –Gritaba la pequeña hormiga dando saltos sobre la hoja y apunto de caerse.

–¡Sí, mirad – era Francisco el que gritaba entusiasmado – ya la veo. ¡Guau, es increíble!

–Venga, acercad alguno la mano para que me suba en ella, pero con cuidado. Vamos a hablar tranquilos, sentados. Me he cansado de dar tantos saltos.

Que hormiga tan graciosa. Los niños no se creían lo que les estaba sucediendo.

–Vale, humanos, ¿es como os llamáis, no? O al menos así os llamamos nosotros.

–Yo me llamo Akane. Y yo Erik. Pues yo Candela. Y yo Francisco –se fueron presentando uno por uno.

–Pues vaya nombres raros. Está bien. Ya me los he aprendido. Las hormigas tenemos una memoria mayor que la de los elefantes, pero claro, como ellos son más grandes se llevan toda la gloria.

–Y vosotras os llamáis hormigas. ¿Es así, no ? –Preguntó Akane para dejar las cosas claras.

–Exacto. Los muchos millones de aquí, y los miles de millones y millones, muchos millones, que hay en toda la tierra. Todas nos llamamos hormigas. Y bien, me ha parecido entender que queréis evitar que esos humanos que llevan días haciendo ruido con unas maquinas monstruosas puedan hacernos daño a los árboles y a todos los que vivimos en el bosque.

–Eso es –respondieron los cuatro al unisono.

–El problema es que realmente no sabemos cómo hacerlo –continuó Erik.

–Ya veo, ya –respondió un tanto burlona la hormiga–. Tenéis los deseos pero no sabéis por donde empezar. ¿Os cuento una cosa? –Los niños asentían con la cabeza. Todavía no se creían lo que estaba sucediendo– . Nosotras estábamos preparándonos para huir del bosque. No es la primera vez que nos hemos visto en una de estas. Pero, pensándolo bien, y dado vuestro gran interés por ayudarnos, creo que puedo hablar con nuestra reina y entre todas nuestras obreras y soldados, más vuestra ayuda, en lugar de huir, podemos luchar por nuestro bosque.

–¿Y cómo lo haremos? –Volvió a preguntar Erik–. Son máquinas, como monstruos, y gente mayor. En cuanto nos vean nada podremos hacer.

La hormiga, subida en una piedra, paseaba de un lado a otro pensativa.

–Lo haremos desde dentro –fue su respuesta–. Ellos no nos verán en ningún momento. Ni a vosotros.

–Pero ¿cómo? –Akane se mostraba asombrada y no entendía nada– . ¿Es que nos vamos a volver invisibles?

Los demás amigos reían un tanto nerviosos lo que acababa de decir Akane.

–Invisibles no, pero casi –fue la respuesta de la pequeña hormiga–. Veo que eres una humana, perdona, una Akane muy valiente, que ya sé como te llamas. Acerca tu mano para que me suba en ti. Y si te doy cosquillas te aguantas. Ja,ja,ja –reía la hormiga por su broma–. Y no os asustéis por lo que va a suceder ahora, será solo durante unos segundos. ¿Estás preparada? –Akane asintió con seguridad repetidas veces.

Y entonces, la pequeña hormiga doy un mordisquito, muy pequeño, a Akane, y esta empezó a encoger, a encoger, hasta quedar del mismo tamaño que la hormiga. Sus amigos miraban asombrados mientras oían a Akane gritar.

–¡Aaaah!¡Socorro, un monstruo! ¡Ayudadme!

La hormiga reía mientras calmaba a Akane.

–No te asustes. Soy yo, la misma hormiga que tenían antes sobre tu mano. Lo que pasa es que ahora al ser de mi mismo tamaño te he causado miedo. Pero no te asustes. No te voy a hacer nada.

–¡Uff! Menos mal , creía que me ibas a comer. Esto es increíble. Eres igual de alta que yo–Akane miraba a su alrededor y lo que antes eran florecillas, piedrecitas y césped suave, ahora se había convertido en una jungla salvaje, con flores enormes y rocas como montañas– ¡Eh, vosotros! –gritaba a sus amigos–. Sois unos gigantes enormes.

–Está bien, creo que ya es suficiente por ahora. Te devolveré a tu tamaño natural.

La hormiga se acercó hasta Akane y mordiéndole suavemente, esta comenzó a crecer y a crecer hasta recuperar su tamaño natural.

–¡Guau! Ha sido algo emocionante. No os lo podéis imaginar. Y la hormiga, así como la veis tan pequeñita, es gigantesca. Unas antenas largas, y unos ojos enormes. ¿Cuánto mides? –Preguntó a la hormiga.

–No entiendo de medidas, pero los humanos decís que medimos siete milímetros. Vosotros sabréis lo que es eso. No tengo ni idea. Comparado con vuestro tamaño, muy poco.

–¿Y puedes hacerme pequeñito a mi? –Interviene impaciente Erik.

–Por supuesto. A todos. Pero tenéis que esperar a que hable con mi reina. Ella tiene que conocer vuestra lucha y si lo ve bien autorizarme a que entréis en nuestro mundo.

–¡En vuestro mundo! ¿Y podremos visitar vuestras casas y vuestros grandes almacenes de comida…?

–Ja,ja,ja, sí, claro –responde la hormiga a Francisco– . Conoceréis nuestro mundo en profundidad y también el de otros animales del bosque. Pero tenéis que prometerme que guardaréis el secreto. Esto no lo puede saber nadie.

–¿Ni nuestros padres? –preguntó Candela un tanto decepcionada.

–No, ni vuestro padres. Al menos por ahora. Cuando todo esté en marcha ya lo veremos, aunque creo que no lo entenderían. Y ahora debo marcharme. Si os parece bien, podemos vernos en este mismo lugar dentro de dos soles, o sea, pasado mañana.

Los dos días pasaron lentamente para los niños que no tenían otra cosa en la cabeza que el increíble encuentro con aquella hormiga. ¡Cómo fue encogiendo Akane hasta medir los mismos siete milímetros que aquel extraordinario ser!

–¡Pronto podremos conocer el mundo las hormigas por dentro! ¿No os parece una aventura increíble? –Erik se mostraba entusiasmado – ¿Me podré llevar la cámara de fotos que me regalaron por mi cumple? Sería genial.

–No digas tonterías Erik –replicó su hermano Francisco – Si todo es un secreto no podemos sacar fotos. ¡Si me dejan yo me llevaré mi monopatín! Aunque imagino que todo estará muy oscuro. No lo veo una buena idea.

–Es cierto lo que dice Francisco –dijo Candela– . A lo mejor más adelante no tendremos problemas, pero ahora debemos ir despacio. ¿No os parece?

–Yo lo que quiero es que llegue de nuevo el momento de quedarme pequeñita, como el otro día, y estoy deseando que lo hagáis vosotros también. Es increíble como se ve todo desde ahí abajo. – Akane se mostraba impaciente por poder repetir aquella experiencia.

Y por fin transcurrieron los dos días. En el mismo sitio y a la misma hora, puntuales, llegaron a la cita. Inmediatamente comenzaron a mirar con impaciencia por todos lados. La hormiga no estaba.

–¡Hormiga! ¡Hormiga! – Llamaban con la voz bajo no fuese que alguien les oyese. Siempre tenían la sensación de que alguien los vigilaba.

–¡Basta!¡Basta! No alborotéis –respondió la hormiga que apareció con un trozo de pan entre las mandíbulas– . Estaba merendando ¿o es que vosotros no coméis?

–Ja,ja,ja, claro que merendamos. Aquí traemos algunos bocadillos y fruta –Candela le mostró la cesta que le había preparado su madre.

–Y nosotros también –dijeron los demás enseñando sus bocadillos, dulces y refrescos.

–Pues venga ¿a qué esperáis? Vamos a merendar todos juntos.

Y allí se encontraban todos juntos disfrutando de una suculenta merienda.

–No os preocupéis por las migajas que se os caigan. Para nosotros cada trocito de comida es un verdadero banquete. Ahora vendrán algunas de mis hermanas a recogerlas. O mejor, vosotros mismos podréis ayudarnos. Cuando estéis preparados me lo decís –todos asintieron apurando los últimos bocados a sus meriendas– . Pues venga. ¡Chicas! ¡Ya podéis salir! – Al momento aparecieron tres hormigas, riendo y alborotando–. Venga – se dirigió a los niños– poned vuestra mano extendida para que cada una de nosotras se suba en ella. Recordad de tocar todo aquello que queráis que se haga pequeño.

Y así lo hicieron. Las hormigas se subieron en las manos y dieron un mordisco suave. Poco a poco todos se fueron encogiendo hasta quedar del tamaño de las hormigas. La sensación era fantástica, y aunque al principio sintieron miedo al ver esas hormigas tan grandes, al poco se adaptaron a su tamaño. Veían gigantescos trozos de tarta de chocolate y de pan con mermelada. ¡Eran las pequeñas migas que caían de su merienda y que al no tocarlas cuando fueron empequeñecidos por las hormigas, guardaban el tamaño natural. Unas migajas que eran más grandes que el propio Francisco, el más alto de los cuatro. Y la mermelada resbalaba por el pan como una catarata dulce y colorida.

–Pero esto debe pesar muchísimo –decía Candela junto al enorme trozo de tarta.

–No te preocupes. Lo cortaremos en trozos pequeños, además, así de grande sería imposible que entrase en nuestro hormiguero.

La hormiga comenzó a cortar la tarta en pequeños trozos con una rapidez extraordinaria. Todos las miraban asombrados con la velocidad que lo hacía.

–¡Guau! –exclamó Candela realmente impresionada.

La hormiga se sentía orgullosa de ver como sus nuevos amigos la admiraban.

–¡Vamos! No os quedéis parados –continúo entusiasmada– . Ayudadnos con esos trozos de ahí. Entre todos acabaremos pronto y se lo llevaremos de regalo a nuestra reina. Ya va siendo hora de que la conozcáis.

Los cuatro amigos y las cuatro hormigas recogieron todos los trozos de tarta y de otros restos de la merienda y cargándolo sobro los hombros hicieron una fila a través del bosque.

Akane y Erik, situados al final de la fila, comentaban lo increíble de lo que estaba sucediendo.

–¡Es como un sueño! – decía Akane mientras aprovechaba para comer un trozo de la tarta que cargaba.

–Sí, es verdad. Ni en mis mayores fantasías podría imaginar que estaría caminando por el bosque con una hormigas camino de su hormiguero.

Poco a poco se fueron introduciendo en un terreno cubierto de ramas secas y llegaron a la entrada de una cueva que se inclinaba hacia el interior de la tierra.

–Bien, ya hemos llegado. A partir de ahora debemos estar muy juntos. Ahí dentro no hay luz. Nosotras nos guiamos por nuestras antenas, pero vosotros no tenéis. Tened cuidado de no perderos –advertía la hormiga a la vez que se adentraba en el túnel.

Los niños asentían y aunque no decían nada, en realidad tenían miedo. Se iban a introducir en un mundo totalmente distinto al de los humanos, muy oscuro.

–Podemos ir por las galerías superiores, las que están más cerca de la hierba que dejan pasar un poco de luz. Quizás de ese modo vean algo –aportó como idea una de las hormigas.

–Sí por favor –dijo Candela–,yo no sé vosotros –dijo a sus amigos–, pero yo tengo miedo.

–Pues yo no tengo miedo –respondió Erik a quien las aventuras le encantaban.

Aunque al principio no veían nada, poco a poco los ojos de los niños se fueron acostumbrado a la poca luz que, efectivamente, se filtraba del techo de hierbas que les cubría. Ya podían introducirse en galerías algo más profundas. Un olor a tierra húmeda lo invadía todo. Era un poco extraño, pero en seguida se habituaron.

El ir y venir de hormigas era continuo. Transportando todo tipo de cosas que encontraban en el bosque. Desde pequeños trozos de maderas y hojas de los árboles, hasta resto de semillas o de insectos. Todo de una manera ordenada, como cuando la "seño" les pedía que se pusiesen en fila para entrar y salir de clase. Conforme iban avanzando comenzaron a descubrir multitud de caminos que se iban cruzando, como un laberinto. Todos ellos ocupados por hormigas que iban y venían en una actividad que parecía no tener fin. De cuando en cuando el terreno se empinaba como si estuvieran subiendo una montaña y de pronto la bajada era vertiginosa, como en un tobogán gigante. Al principio les daba un poco de miedo, pero poco a poco se fueron acostumbrando y les parecía muy divertido, especialmente a Erik.

–Si lo llego a saber me traigo mi monopatín –decía contrariado Erik– ¿Habéis visto que toboganes tan increíbles?

Al final de uno de aquellos impresionantes descensos, se vieron sorprendidos por un recinto gigantesco, una especie de cueva en el interior de la tierra. Era la sala que ocupaba la reina. Un olor penetrante a dulce lo impregnaba todo. Dos filas de hormigas soldado se alineaban en perfecta formación a ambos lados de su reina. Los niños estaban tan ensimismados en todo lo que iban descubriendo que no se habían percatado que ya podían ver perfectamente, como si fuese de día.

–Hola, vosotros debéis ser los niños protectores del bosque –la reina, que era más grande que el resto de las hormigas, se dirigía a ellos con cariño. Se encontraba sentada sobre un trozo de madera brillante y azulada, una especie de trono–. Estamos encantadas de que queráis ayudarnos a salvar nuestro bosque. No se habla de otra cosa en el hormiguero. –Los niños oían a la hormiga reina y no salían de su asombro– . Quiero que sepáis que mientras estéis aquí adentro os he dotado del poder de ver, oír y comunicaros con nosotras. A partir de ahora, y mientras estéis en mi reino, seréis como un miembro más y nos ayudaréis en las tareas que tenemos preparadas. Os estamos muy agradecidas. Por el hecho de estar aquí ya demostráis vuestra valentía.

–¡Madre mía cuando le cuente esto a mis padres –decía Candela hablando bajito a Akane.

–No creo que sea una buena idea –respondió la reina con firmeza pero sin parecer enfadada. Aunque Candela había hablado muy bajito, apenas con un susurro, el

extraordinario oído de la reina la había escuchado–. Nadie debe saber lo que estamos planeando o podremos tener problemas.

Candela asentía. Era cierto. Le habían prometido a la hormiga que no dirían nada. Todos tendrían que hacer un esfuerzo y no contarlo a nadie, algo que no les iba a resultar fácil.

–Pero nosotros no sabemos hacer demasiadas cosas, no sé cómo podremos ayudar –intervenía Francisco algo abatido.

–¡Sí que sabemos –respondía Erik corrigiendo a su hermano–. Recuerda las cabañas que hacemos en nuestro jardín, y los puzzles que hacemos más rápidos que papá y mamá. Sí, sí que sabemos hacer muchas cosas.

–Ja,ja, –reía la reina por la respuesta de Erik–. No os preocupéis por eso. Tenéis cara de ser muy listos, aprenderéis rápido, sobre todo tendremos que cavar mucho. Los humanos utilizáis maquinas y herramientas que lo hacen más fácil. ¿Podréis traer algunas de esas? –La reina confiaba en la determinación de aquellos niños.

–En mi casa hay unas palas que usan mis padres para mover la tierra de nuestro jardín –comentaba Akane.

–¡Y en la mía también! –intervenía entusiasmada Candela– . Y otras herramientas que no sé exactamente para qué sirven pero que estoy segura podrán ayudarnos.

–Pues adelante, no hay tiempo que perder. Vosotras, acompañadlos a la salida y devolverlos a su tamaño natural –ordenó la reina a las hormigas–. Mañana deberéis estar en el mismo sitio junto al árbol caído y portando las herramientas que podáis transportar. Hay que comenzar cuanto antes.

Y acompañadas por hormigas soldado y por la que conocieron en el bosque, fueron conducidos través de un nuevo laberinto de galerías hasta aparecer al pie del árbol donde comenzó todo. Allí fueron mordidos de nuevo en las manos y poco a poco recuperaron su tamaño natural. Las hormigas se despidieron de los niños quedando citados para el día siguiente y se introdujeron en el hormiguero.

–¡Guau! Es maravilloso. ¿O dais cuenta de lo que nos está sucediendo? –Akane no salía de su asombro.

–Desde luego que lo es –se oyó decir una voz que surgía de entre los árboles. Los cuatro amigos se mostraron muy asustados. Aquella voz no era como la de las hormigas. Era de un humano.– No tengáis miedo, sé lo que os proponéis y estoy aquí para ayudaros.

Por fin, un hombre surgió de entre los árboles. Se quedaron con la boca abierta de sorpresa. ¡Pero si era el señor Esteban, el hombre que vive en la esquina de la calle de Candela!

–¿Eras tú a quien escuchamos cuando venimos al bosque? –preguntó Francisco.

–Así es, pero no me podía imaginar lo que iba a suceder. Observaba vuestras reuniones en el parque y sabía que algo estabais tramando. Luego, cuando comenzasteis con las pancartas y las manifestaciones para salvar el bosque comprendí vuestras buenas intenciones.

–¿Y por qué nos sigues, por qué no nos has dicho nada? Todo esto es un secreto.

–Lo hago para protegeros. Estoy seguro de que vuestros padres no saben nada de estas escapadas, y el bosque puede resultar peligroso. Esa era mi intención. Pero ahora…

–¿Viste lo que nos hacen las hormigas? –preguntó Erik.

–¡Sí! Es algo absolutamente increíble. Ojalá yo pudiera ir con vosotros. A mi me encanta la naturaleza. Vigilo y cuido a mi manera el parque que hay junto a mi casa, junto a nuestras casas –repite dirigiéndose a Candela–. Me encantaría ayudaros en vuestra misión. No tengo miedo a nada y estoy dispuesto a enfrentarme a lo que sea para defender la naturaleza. Ya lo he hecho en otras ocasiones.

–Pues no sé. La reina de las hormigas nos ha dicho que es un secreto y me temo que se puede haber estropeado todo nuestro plan –era Candela la que hablaba un tanto triste–. Ahora ya no es un secreto.

–Sí lo es porque yo no diré nada a nadie. Si yo pudiera hablar con ella se lo explicaría todo. Seguro que acepta mi ayuda –insistía el señor Esteban deseando convencer a los niños– Sé cómo funcionan esas maquinas y por lo tanto como se pueden inutilizar.

–¿Las romperías para que no funcionen? ¿Se puede hacer eso?,–intervino Francisco desconfiado.

–Por supuesto. Y sé como hacerlo. Permitid que ayude –insistió el señor Esteban.

Los amigos se apartaron unos metros y comentaron entre ellos. Finalmente decidieron que lo mejor era contárselo a su amiga la hormiga y que ella decidiera que hacer. Estaba claro que la ayuda del señor Esteban podría ser indispensable.

–Está bien –intervino Akane haciendo de portavoz de los demás–. Lo consultaremos a nuestra amiga, aunque tenemos un problema: no sabemos cómo hacer para que venga. Ella siempre aparece por sorpresa.

–No hace falta que me llaméis –se oyó la voz inconfundible de la hormiga–. Continúo aquí. Cuando comencé a entrar en la galería vi a ese humano escondido. Y me detuve. He estado aquí todo el tiempo por si ocurría algo.

–¿Entonces has oído lo que nos has contado? ¿Crees que la reina aceptará que nos ayude?, –pregunto Candela.

–Estoy segura de que aceptará. Su propuesta puede ayudarnos, aunque los humanos sois muy listos y a pesar de que logre estropear las máquinas seguro que las repararán.

–Es cierto –respondió el señor Esteban–, pero al menos servirá para ganar tiempo. Además, mañana es domingo y no vendrán a trabajar al bosque. Tendremos un día entero para poder trabajar en lo que hayáis previsto.

–¿Y cómo lo harás?, –preguntó intrigada la hormiga mientras los niños aguardaban expectantes–, me refiero a lo de estropear las máquinas.

–Hubo un tiempo en que trabajé en maquinas parecidas. No os preocupéis que sé como hacerlo. Esta misma noche, para asegurarme de que nadie me vea, comenzaré mi trabajo.

–Entonces adelante. Y mañana nos veremos tal y como habíamos planeado. Tu también podrás venir y traer todo lo que pueda servirnos para excavar, porque eso es lo que vamos a hacer, excavar –le dijo al señor Esteban para alegría de él y de los niños.

La hormiga desapareció de nuevo y los niños, acompañados ahora por su nuevo amigo, abandonaron el bosque entusiasmados y nerviosos por la misión que, ahora de manera definitiva, acababa de comenzar.

Con la inesperada incorporación del señor Esteban habían creado todo un equipo. En un claro del bosque estaba oculto el coche del señor Esteban. Un vehículo todo terreno de color marrón que Candela conocía de verlo aparcado en su calle. Todos subieron a él y partieron para sus casas. Les quedaba mucho trabajo por delante.

–Está bien –les dijo el señor Esteban una vez que los dejó en el parque–. Mañana nos reuniremos antes del medio día en este mismo sitio. Traed todas las cosas que podáis. La cargaremos en el coche y partiremos.

Una vez que dejó a los niños regresó de nuevo al bosque. Comenzaba a oscurecer pero condujo sin las luces para evitar que lo pudiese ver alguien. Esta vez lo aparcó oculto por las ramas de los árboles, cerca del lugar donde estaban las enormes máquinas.

Sigilosamente se acercó hasta la caseta por si había algún guarda o alguna persona. Había tenido suerte. Allí no había nadie. Con una agilidad felina se encaramó a la cabina de la primera de las maquinas y logró abrir la portezuela. Ayudado por una

linterna que llevaba en la frente, sujeta por en elástico alrededor de la cabeza, comenzó a desenredar los cables que la hacían funcionar. Lejos de cortar los cables, algo que habrían descubierto de inmediato, con gran destreza los fue desconectando y volviéndolos a conectar de manera totalmente errónea. De esta forma, cuando quisiesen ponerlas en marcha, sencillamente no funcionarían y tardarían bastante tiempo en descubrir qué ocurría ya que aparentemente todo estaría bien. Así hizo con las tres enormes máquinas que, como monstruos dormidos, aguardaban la llegada del momento de comenzar la destrucción. Todavía estaba dentro de la última de las máquinas cuando un ruido le hizo quedarse totalmente paralizado. Apagó de prisa la luz de la linterna y aguardó, inmóvil, con la respiración contenida. ¿Lo habían descubierto? Al poco volvió a oír el sonido, procedente de un árbol cercano. Alguien lo estaba vigilando desde lo alto. El corazón le latía d muy deprisa. No sabía qué hacer y comenzaba a preocuparse cuando inesperadamente volvió a oír el ruido y vio un búho que volaba a toda velocidad desde lo alto del árbol para intentar dar caza a un ratón que huía despavorido hasta su escondrijo. Después del susto, y ya más relajado, el Señor Esteban subió de nuevo a su coche lleno de satisfacción por el trabajo realizado y partió veloz hacia su casa.

Ya era más de media noche y tenía muchas cosas que preparar todavía.

Al día siguiente, puntuales y un tanto impacientes llegaron hasta el parque donde ya aguardaba el señor Esteban.

–Pero ¡cómo vamos a poder llevar todo esto que traéis! –dijo un tanto a alarmado el hombre cuando vio los utensilios que habían aportado los cuatro amigos: palas, rastrillos, cubos de la playa, un monopatín y dos pares de patines.– ¿Me queréis decir para qué necesitamos el monopatín y los patines?, –preguntó con impaciencia.

–¡Para deslizarnos por los toboganes! , –respondió Erik.

–Y para trasladarnos más rápidamente, ¿verdad Akane? – dijo Candela.

–Así es –respondió Akane– . La reina de las hormigas nos dijo que nos trajésemos todo cuanto pudiera servir para ayudar, y los patines nos harán desplazarnos velozmente. Candela y yo patinamos muy bien y muy rápido.

–Está bien, imagino que serán muy útiles. ¿Y el monopatín? –pregunto a Erik dudando de su utilidad para aquella misión.

–Pues no puede servir para transportar materiales, tierra, y otras cosas –fue Francisco quién intervino, desvelando sus posibles usos.

–¡Es verdad! –dijo Erik celebrando la gran idea de su hermano– . Además de servir para desplazarme y hacer “trucos” en el aire, nos valdrá para otras muchas cosas. ¿Y tu que has traído?, –preguntó Erik al señor Esteban.

Este se acercó hasta la parte trasera de su coche y abrió al maletero. Los niños miraron asombrados la cantidad de cosas que allí había: una pequeña maquina para labrar le tierra, tres palas de diversos tamaños, una maquina un tanto extraña que no sabían para que servía, varias linternas y una caja de herramientas.

–¡Guau! –Akane no pudo reprimir su sorpresa al ver todos aquellos artefactos–. Con todo eso de ahí más lo que traemos nosotros creo que haremos un gran trabajo.

–Yo también lo creo –dijo el señor Esteban–, lo que no sé es si va a caber todo.

Francisco miraba a su hermano y a sus amigas y todos procuraban reprimir una sonrisa.

–A ver¿qué es eso tan divertido que os hace sonreír –quiso saber .

–Veras, es que –Candela miraba a los demás–, es que estamos esperando a nuestros padres que nos traen aún más cosas. Algunas cuerdas para los columpios y para la cabaña, y algunas otras cosas más.

–No entiendo nada. ¿Columpios, una cabaña? Pero ¿pensáis que nos vamos de excursión? –el señor Esteban se mostraba un tanto decepcionado, sobre todo después de todo el trabajo que había realizado durante la noche para estropear las máquinas del bosque.

–Nosotros no, pero nuestros padre sí lo piensan –aclaró el misterio Candela.

–A ver, qué podíamos decir si no para que nos dejasen traer todas estas herramientas –continuó Erik–. Les hemos dicho que nos vamos contigo al bosque, para observar los animales y de paso jugar un rato. Y para eso necesitamos una cabaña y un columpio.

–A mis padres les ha parecido una gran idea. Dicen que saben de tus grandes conocimientos sobre la naturaleza –era Candela quien hablaba con cierto orgullo de su vecino–. Mis padres son tus amigos ¿verdad?

–Pues sí, aunque quizás últimamente hemos tenido algunas diferencias cuando casi se dejan convencer por la idea de las construcciones en el bosque. Por suerte los pude ver en las manifestaciones que convocasteis y eso me alegró mucho. Y en cuanto a las cosas que traigan ahora, pues bueno, ya haremos sitio como podamos. Mi coche es grande, pero aún así vamos a ir como las sardinas enlatadas –reía divertido al igual que los niños.

Una vez que todo estuvo cargado en el coche, incluidos los bocadillos, frutas y refrescos para pasar todo un día de “excursión”, se despidieron de los padres de los niños que se mostraban contentos de ver como disfrutaban sus hijos, sobre todo yendo acompañados por aquel hombre que tanto sabía de la naturaleza. No podían imaginar las aventuras que les estaban aguardando.

Nada más llegar y sin perder un solo instante, comenzaron a descargar el coche con determinación.

Una vez todo descargado, que por cierto ocupaba un buen espacio entre los árboles, aguardaron a que llegaran las hormigas. El señor Esteban no podía ocultar su impaciencia por introducirse en el mundo subterráneo.

–¡Eh! Que se nos olvida hacer la cabaña –recordó Erik.

–Es verdad –continuó Candela–, aunque en realidad, no sé para qué la vamos a construir si no la vamos a utilizar.

–Es cierto, y además solo serviría para llamar la atención si alguien viniese por aquí –aclaró el señor Esteban–. Nos llevaremos todo ese material también con nosotros. Nunca se sabe si puede venirnos bien, aunque la verdad, no sé cómo ni donde vamos a poder guardar todo –dijo mientras miraba a su alrededor señalando la cantidad de herramientas y todo tipo de objetos que habían traído.

–No hay ningún problema –intervino la hormiga que como siempre apareció de manera inesperada, esta vez acompañada por numerosas compañeras y las forzudas hormigas soldado–. Entre todos lo llevaremos. Y por espacio no hay problema, tenemos cientos de almacenes vacíos a la espera de llenarlos de alimentos para el invierno. Usaremos algunos para guardar este material y la comida que traéis. ¡Hum! Desde aquí puedo olerla, ¡que rica! Perdón, ahora no es el momento de pensar en comer. Bien, si estáis preparados recordar de tocar con alguna parte de vuestro cuerpo todo aquello que tengamos que llevarnos –miró a su alrededor–, que por cierto, veo que no es poco.

Hicieron un circulo rodeando con sus cuerpos cada cosa que habían transportado. Una vez todo comprobado, cinco hormigas se subieron sobre las manos y comenzaron a mordisquearlos. De inmediato todo comenzó a reducirse de tamaño. Las herramientas, las grandes y un tanto pesadas máquinas, las cuerdas, los elementos de la cabaña, la comida, todo se redujo en cuestión de segundos al tamaño de las hormigas quedando el bosque totalmente despejado. Y con un ritual ya aprendido de haberlo visto muchas veces observando las hormigas, todos se pudieron en fila y fueron cogiendo todo cuanto podían. El señor Esteban estaba totalmente asombrado. Él solo podía con las dos

pesadas maquinas de arar que transportaba. El resto, entre las hormigas y los niños, eran trasladados sin mayor dificultad.

–Lo primero que haremos una vez que descarguemos, será ir a ver a la reina. Quiere conocer al nuevo humano y de paso darnos instrucciones sobre lo que tenemos que hacer.

Y de ese modo lo hicieron. De nuevo recorrieron aquellas galerías bajo la tierra que ya comenzaban a resultarles familiares. El señor Esteban en seguida se adaptó, como si llevase toda la vida viviendo en ese mundo, y es que, de alguna manera era así. Llevaba años estudiando el comportamiento y la vida de los insectos, especialmente de las hormigas. Conocía tantos detalles sobre sus costumbres que asombraría a cualquiera.

Una vez volvieron a encontrarse con la reina, esta las dio las instrucciones de lo que tenían que hacer.

–Os dividiréis en grupos y comenzaremos a cavar en toda la zona de alrededor de los monstruos de hierro –manera en que llama a las máquinas–. De esa forma dejaremos la tierra hueca y cuando comiencen a caminar apenas podrán dar dos pasos y quedaran atascadas.

–Me parece una idea extraordinaria –dijo el señor Esteban–, pero, porqué no lo hacemos directamente debajo de las máquinas, digo, de los monstruos.

–Porque de hacerlo así correríamos el riesgo de que se hundiera mientras realizamos el trabajo y quedar aplastados –respondió la reina con sabiduría.

Todos la oían con admiración.

–Pues venga, –ordenó la hormiga que los recogió en el bosque–, pongámonos a ello cuanto antes.

–Pero, vamos a perder mucho tiempo mientras llegamos hasta donde se encuentran las máquinas –intervino de nuevo el señor Esteban.

–Cierto –respondió de nuevo la reina–. Pero os tenemos previsto un transporte para llegar rápidamente hasta allí. Llevadlos hasta la salida y que los trasladen –ordenó a las hormigas soldado–. Allí ya se encuentran trabajando muchas de nuestras compañeras. Vamos, no hay un instante que perder.

En seguida fueron conducidos hasta la salida del hormiguero. No entendían qué sucedía. Pronto comenzaron a oír un ruido, una especie de zumbido suave y un remolino de aire sobre sus cabezas. Miraron hacia la vegetación que les cubría y quedaron boquiabiertos. Una libélula gigante sobrevolaba sobre ellos. Guiados por las

hormigas caminaron hasta un pequeño claro, entre las ramas de un árbol, y con la ayuda de estas, se fueron subiendo a lomos de aquel increíble medio de transporte.

–Agarraos fuerte –avisó la libélula– salimos de inmediato.

Al principio iban realmente asustados, agarrados fuertemente al cuerpo de aquel ágil insecto, pero poco a poco comenzaron a disfrutar del inesperado vuelo. Sobrevolaron todo tipo de flores y plantas. Desde arriba podían apreciar la majestuosidad del bosque. La vida sin límites que se respiraba. De cuando en cuando la libélula les decía que se sujetasen fuerte y daba un giro en el aire y se ponían con la cabeza para abajo, como en una de esas atracciones de la feria. Era muy divertido Esto les animaba y daba fuerzas para el duro trabajo que les esperaba.

–Pero, ¿qué pasa con las herramientas que hemos traído? –preguntó Akane.

–¡Es verdad! Y con la comida y todo lo demás –era ahora Erik quién preguntaba.

–No os preocupéis por eso. Ese material, que es más pesado que vosotros, lo traen otros amigos. Mirad hacia atrás.

Todos volvieron la cabeza y pudieron apreciar como varios pájaros carpintero, colibrís y escarabajos voladores transportaban todas las cosas.

–Ja,ja,ja – reía entre nerviosa y divertida Candela–. Esto es fantástico.

Resultaba fabuloso ver aquellas aves e insectos volando detrás de la libélula, en perfecta formación, transportando todos tipo de objetos. Otros pájaros e insectos voladores les seguían de cerca mientras por tierra una gran diversidad de animales se dirigían hasta el lugar de los trabajos. Una familia de topos y de comadrejas, verdaderos expertos en cortar y excavar, acudían a toda velocidad. Todos querían ayudar.

Al poco llegaron cerca del lugar donde se encontraban las maquinas y descargaron de nuevo todo el material. En seguida se introdujeron en diversas agujeros y galerías excavadas en la tierra y pudieron comprobar que la actividad era incesante. Las hormigas, ayudadas por lombrices de tierra, escarabajos y ciempiés, y ahora con la llegada de los topos y las comadrejas, iban apartando la tierra a un ritmo increíble. El señor Esteban, ayudado por el corpulento Francisco, comenzó a escarbar con la máquina de arado. Para sacar la tierra Erik había tenido una gran idea: utilizaba su monopatín como medio para transportarla con mayor rapidez, algo que fue muy celebrado por todos, mientras que Akane y Candela con sus veloces patines, transportaban cestas cargadas de tierra. Miles de hormigas, de maneras coordinada, trabajaban sin parar, transportando la tierra que se iba acumulando detrás de los grandes árboles que estaban justo en frente a las máquinas. Así pasaron las horas y la

montaña de tierra ya era inmensa. El terreno que rodeaba a las maquinas estaba hueco. Habían hecho un gran trabajo.

–Creo que es el momento de que hagáis un descanso para comer, os lo habéis merecido –intervino la hormiga que se había trasladado hasta ese lugar del bosque.

–¡Sí, yo sería capaz de comerme un pastel entero –dijo de manera exagerada Francisco mientras destapaba una caja llena de bollos de crema y canela.

Todavía no habían terminado de comer cuando, inesperadamente, todas las hormigas salieron corriendo atropelladamente. Los amigos se miraban entre sí, asustados dirigiendo sus miradas al señor Esteban. ¿Qué sucedía? Este tampoco entendía porqué las hormigas habían huido de aquella manera, hasta que por fin descubrió lo que ocurría.

–¿Que traes en esa caja?, –preguntó alarmado a Francisco.

–Yo, bueno, son unos bollos; me encantan. Siento no haberos dado a probar –respondió avergonzado mostrando la caja vacía donde solo quedaban restos de canela y algo de azúcar.

–¡Es eso!, la canela. Vamos a enterrar la caja. A las hormigas les resulta repulsiva.

Los niños no salían de su asombro y comprobaron que nada más hacer desaparecer los restos de canela, las hormigas volvieron como si nada hubiese sucedido ¡Cuantas cosas sabía el señor Esteban!

Comenzaba a anochecer y los niños debían regresar a sus casas si no querían que sus padres se preocupasen y así se lo comentaron a su amiga hormiga.

–Está bien, no os preocupéis, en seguida os pido un transporte que nos llevará hasta el lugar adonde llegasteis.

La hormiga emitió un sonido parecido a un silbido y aparecieron al momento un grupo de altos y coloridos saltamontes. ¡Guau! Pensaban que volverían sobre las libélulas, pero en los saltamontes podía ser más divertido.

–¿Nos echamos una carrera?, –propuso uno de los saltamontes al resto, quienes se mostraron de acuerdo con la idea.

Uno a uno, incluido el señor Esteban así como las hormigas que debían morderlos para que recuperasen su tamaño natural, se fueron subiendo en varios saltamontes y de inmediato comenzaron a dar unos saltos impresionantes, sorteando raíces, hojas y plantas. Erik animaba al suyo que se reía divertido por el entusiasmo que mostraba el

niño. En pocos minutos alcanzaron el claro del bosque donde se encontraba el coche del señor Esteban.

Para alegría de Erik, su saltamontes llegó el primero, con mucha ventaja sobre los demás, pero el que transportaba a las hormigas llegó sin ellas. ¿Qué había pasado?

–Pues qué va a pasar –respondió uno de los saltamontes– que se han caído. No deben haberse sujetado bien. Pero no os preocupéis, no es la primera vez que sucede y además conocen el camino. Llegaran en cualquier momento –concluyó para tranquilizarlos–. Vosotros permaneced aquí.

Y dicho esto, los saltamontes se marcharon dando grandes saltos. Parecía que la carrera les había animado y continuaban la competición.

El señor Esteban miraba con asombro el tamaño descomunal de su vehículo que se encontraba entre unos, también, gigantescos árboles. Al poco comenzaron a caer unas gotas de lluvia que a ellos les suponía como si le tirasen cubos de agua por la cabeza.

–Vamos, hay que refugiarse antes de que comience a llover con fuerza. Con nuestro tamaño resultaría muy peligroso – los niños, un tanto asustados, seguían las instrucciones del señor Esteban.

Poco a poco fue cayendo agua con más fuerza y en seguida se formaron pequeños charcos que parecían grandes lagos. Si pudieran llegar hasta el coche podrían ocultar debajo de él.

–¡Por aquí! ¡rápido! –oyeron gritar.

Bajo unas hojas enormes de un filodendro se podían ver numerosas conchas de caracol . Era de allí de donde procedían las voces. Un caracol asomaba su cabeza y los llamaba con insistencia.

–¡Vamos!, antes de que el agua os impida llegar hasta aquí. Es mejor que os acerquéis. Yo tardaría demasiado en llegar hasta vosotros.

El señor Esteban, haciendo uso de su ingenio, cogió el trozo de cuerda que habían traído para construir el columpio, y fue rodeando por la cintura a los niños para finalmente sujetarla muy fuerte con sus manos. Así, caminando en fila, todos unidos por la cuerda, se fueron acercando hasta las casas de los caracoles. Llegaron justo a tiempo para introducirse en la más grande de las conchas, que para ellos era como una casa grande. El agua ahora caía con mucha fuerza y las conchas comenzaron a desplazarse por la corriente como si de un barco se tratara.

–No os preocupéis –le dijo el caracol–, aquí estamos a salvo. Esto es muy habitual en el bosque. Llueve muy a menudo y estamos preparados.

–Pero nuestras amigas hormigas no nos van a encontrar –dijo Candela casi a punto de llorar–. ¿Y si les ha ocurrido algo?

–Ja,ja –rió el caracol–. No, las hormigas también están acostumbradas a esta situación. Seguro que están a buen recaudo y bien secas. En estos casos se suben a los troncos de los arboles y se protegen entre las grietas de su corteza. Acomodaos donde queráis –los invitó con amabilidad –. Estáis en vuestra casa. Sé que aunque es grande es un poco aburrida, pero así es nuestra vida.

–Pues eso lo podemos arreglar nosotros – intervino Akane–. Llevo conmigo siempre estos lápices.

De los bolsillos de su pantalón, sacó pequeños lápices de todos los colores y los repartió entre sus amigos.

–¿Nos deja que pintemos en las paredes? –Preguntó Francisco al caracol deseando comenzar a hacer dibujos.

–Claro. Dibujad todo cuanto queráis. De ese modo nos ayudará a pasar el tiempo mientras cesa la lluvia y mi casa además quedará muy bonita.

–Pues yo, si no os importa, voy a descansar un rato. Soy mayor y tanta aventura me tiene agotado –dijo en tono de broma el señor Esteban se dejó caer sobre una especie de colchón mullido formado por una pasta de baba de caracol y hojas.

Al rato, la casa caracol estaba preciosa, llena de divertidos dibujos de muchos colores.

–Está bien. Ya no llueve y las hormigas están al llegar. –El caracol miraba con admiración las paredes del interior de su concha–. ¡Muchas gracias! Ha quedado preciosa. Voy a ser la envidia de todos los caracoles del bosque.

En seguida llegaron las hormigas y, luego de despedirse del caracol con la promesa de volver a encontrarse, les fueron mordiendo a todos hasta alcanzar su tamaño normal. Estaba anocheciendo y era hora de regresar a casa. El trabajo ya estaba hecho.

Después de tanto trabajo, los niños llegaron a sus casas realmente cansados. El señor Esteban llegó a su casa y no le dio tiempo ni a acostarse. Se sentó en el sofá y ahí quedó profundamente dormido.

* * *

Con la llegada del nuevo día, comenzó una gran actividad en el bosque. La lluvia continuaba cayendo aunque ahora de un modo más suave. Los operarios de las máquinas ocupaban sus puestos y otros comenzaban a despejar las ramas para que no entorpecerían sus movimientos. Pero algo pasaba. Ninguna de aquella tres gigantescas máquinas lograba poner en marcha sus motores.

–Debe ser cosa de la lluvia caída durante estos días –comentaba uno de los obreros–. Los cables deben haber cogido humedad. Llamad a los técnicos. Habrá que esperar hasta que ellos lo revisen todo.

Y tal y como había dicho el señor Esteban, varias horas más tarde las maquinas ya estaban reparadas. Habían encontrado un fallo extraño entre sus cables, pero, aunque tardaron un poco, los tres monstruos de hierro ya rugían con fuerza. Poco a poco comenzaron a desplazarse cada una de ellas hacia el espacio que tenían asignado. No habían andado más de unos pocos metros cuando el suelo se hundió debajo de cada una de ellas. Se quedaron atascadas en un hoyo enorme que, inexplicablemente había aparecido en aquella zona del bosque, como si por arte de magia la tierra se hubiese diluido bajo las enormes ruedas.

–¡Por más que lo intentaban era imposible poder sacarlas de allí!, –contaba con entusiasmo la madre de Candela lo que estaban comentando otras personas en la parada del autobús esa misma mañana–. Por lo que se ve han calculado mal el impacto sobre el suelo del bosque y las máquinas, inexplicablemente se han hundido, es como si el suelo hubiese desaparecido. Les va a resultar imposible llevar a cabo sus planes.

Sabina escuchaba a su madre y daba saltos de alegría. Llamaría en seguida a Akane y le contaría lo sucedido, pero cuando así lo hizo Akane ya lo sabía, todos lo sabían. Su plan había surtido efecto y los árboles no podrían ser talados. De hecho tardarían semanas en poder sacar las máquinas del lugar donde se encontraban atascadas entre agua y barro. Habían salvado el bosque.

Aquella misma tarde, los cuatro amigos se reunieron en el parque donde también se encontraba el señor Esteban. Todos se mostraban eufóricos y rememoraban lo vivido en los últimos días.

–¿Podremos contarlo ya a nuestros padres?, –preguntaba Candela a los demás–. Estoy deseando que conozcan nuestra fantástica aventura.

–Yo, veréis, –comentaba Akane–, ayer empecé a contárselo a mi madre y me dijo que porqué no escribía sobre ese sueño tan fantástico. Y preferí callar.

Todos aguardaron silencio. Fue el señor Esteban el que habló.

–¿Y si hablamos con nuestras amigas hormigas les preguntamos si podemos desvelar ya nuestro secreto? Creo que es lo mejor.

–¡Sí! Vamos a verlas de nuevo –respondió Erik mientras chocaba las manos con su hermano Francisco.

Se trasladaron hasta el bosque y pudieron comprobar que allí continuaban las enormes máquinas, atrapadas en un agujero gigantesco que ellos mismo habían ayudado a construir, mientras unas potentes grúas comenzaban a arrastrarlas para llevárselas de aquel lugar al que nunca tendrían que haber llegado. Continuaron el camino hasta el sitio donde siempre se reunían con la hormiga. Y esperaron. Estuvieron aguardando durante un buen rato pero la hormiga no aparecía. ¿Qué había sucedido? ¿Le habría pasado algo malo? Estaban ya a punto de regresar cuando por fin oyeron la voz de su amiga.

–¡Eh!, ¡hola! Qué alegría me da veros de nuevo –dijo la hormiga mientras se subía en la mano de Akane–. Hemos logrado salvar nuestro bosque y vosotros habéis sido imprescindibles con vuestro trabajo. Nuestra reina quiere que sepáis que os estamos muy agradecidas. Todos los animales del bosque lo estamos. Podremos continuar viviendo felices en este maravilloso lugar. Y vosotros podréis venir a disfrutar de él como habéis hecho siempre.

–¿Y podremos entrar en tu mundo? –preguntó Erik con entusiasmo–. Me encanta deslizarme con mi monopatín por vuestras galerías interminables.

–Veréis –respondió la hormiga–, lo que ha sucedido ha sido algo muy especial. Jamás había ocurrido antes. Es la primera vez que los humanos entran en nuestro reino, y aunque a nosotras también nos ha encantado, no creemos que podamos hacerlo en el futuro. Vosotros tenéis vuestro mundo y nosotros el nuestro. Debemos respetarnos y vivir cada uno donde la corresponde.

Los cuatro niños se miraban un tanto decepcionados mientras el señor Esteban afirmaba con su cabeza las palabras de la hormiga.

–Es cierto lo que dice nuestra amiga. Este no es nuestro mundo. Debemos sentirnos felices de haber logrado salvarlo, y volveremos a hacerlo siempre que sea necesario, pero no es nuestro lugar – explicó con sabiduría el señor Esteban.

–Pero, ¿puedo contarlo a mis padres?, –preguntó Candela a la hormiga.

–No sé si será prudente –intervino de nuevo el señor Esteban antes incluso de que pudiese responder la hormiga–. Ya has oído antes lo que ha contado Akane cuando ha querido decírselo a su madre: pensó que todo era un sueño. Creo que es mejor que sea nuestra gran secreto.

La hormiga escuchaba con atención lo que hablaban sus amigos.

–Pues yo no sé si podré resistirlo. Además, ya le he dicho a mis amigos del equipo de futbol que tenía que contarles algo increíble –intervino Francisco.

Entonces la hormiga volvió a intervenir.

–Está bien. Unid vuestras manos.

Y así lo hicieron los cuatro amigos y el señor Tomás, como hacían siempre para desearse suerte antes de comenzar cualquier competición.

La hormiga se situó encima de las manos y les dijo.

–Ahora cerrad los ojos.

Una vez que lo hicieron continuó.

–Y ahora contad despacio hasta diez.

Y comenzaron a contar, uno..dos..tres.. y la hormiga comenzó a morder suavemente cada una de las manos…cuatro..cinco..seis..siete…cuando terminó de morderlas se deslizo despacio hasta el suelo…ocho..nueve..y diez. Abrieron los ojos y durante unos instantes quedaron un poco desconcertados. No recordaban nada de lo sucedido.

–Bueno chicos –intervino el señor Esteban–, creo que es hora de volver a casa. Mañana continuaremos estudiando tlas aves nocturnas que habitan en el bosque. Ya veréis que divertido.

Y de este modos los niños y el señor Esteban regresaron a sus casas felices del día de excursión tan divertido que habían pasado. Cuando iban caminando Akane volvió la cabeza y le pareció ver a una hormiga que le saludaba y le llamaba por su nombre. Pero no, eso era imposible. ¡Una hormiga que habla, anda ya!

Como decía siempre su madre, es que tiene una imaginación…